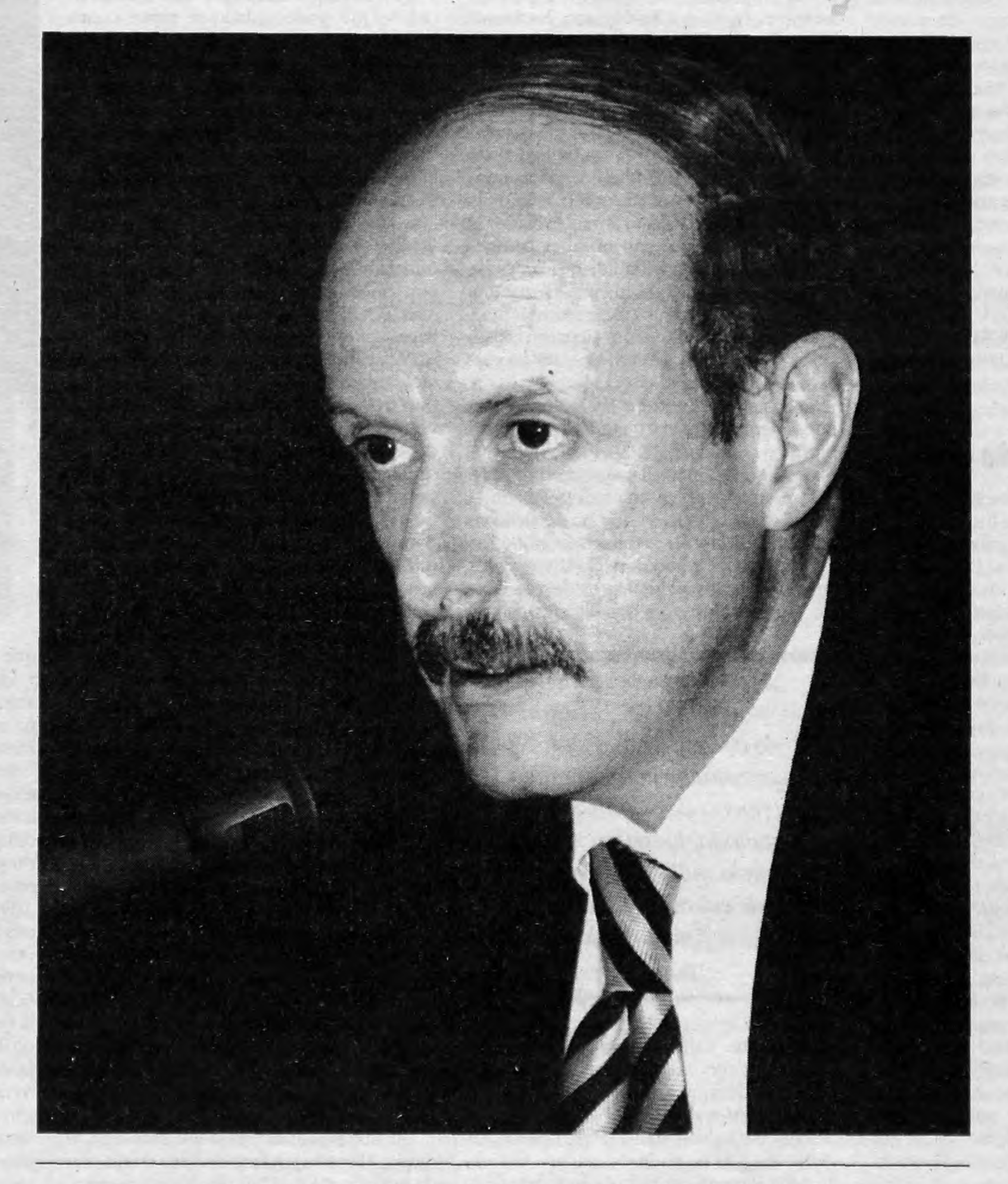


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



JUAN CARLOS VOLNOVICH

"Cómo maldecir la exclusión"

Página/12



"Cómo maldec

JUAN CARLOS

El psicoanálisis de niños en el país de las MADRES

Psicoanalizar a un niño es una empresa fascinante, desconcertante y difícil: es, fundamentalmente, exponerse al desafío del sufrimiento y al dolor del síntoma. Síntoma en el que se lee la escritura de la historia ya que, según Freud, la psicología es –desde un principio y al mismo tiempo– individual y social. Y es así que ese espacio del síntoma, ese lugar del análisis de niños, se convierte en escenario de una historia social que impone su presencia y torna estéril cualquier intento por silenciarla. Aunque la complejidad, que es propia de nuestro quehacer de analistas, nos enseñe que no todo silencio es cómplice ni todo sufrimiento, constructivo. Nuestros niños son nuestra historia. Cada generación se apropia de la historia al advenir a ella y encarna los mitos de las que la preceden. Nuestros niños como historia nuestra son testigos-testimonio de un proyecto genocida, de una empresa de exterminio y, en cada síntoma, en el más banal de los síntomas del menos neurótico de nuestros niños, hablan el espanto y la tragedia que amenaza repetirse a cada paso. Nuestros niños y nosotros, en el más aséptico análisis individual, estamos marcados por los mismos horrores.

Para sostener esto último, les contaré de Andrés y de Tomás.

Andrés: la herida hecha viento

De Andrés tengo presente su mirada celeste, tierna, escrutando mi lugar y mi persona. Frente a mí está ese pibe rubio de 9 años, obediente, educadito. Está turbado. Cuando nuestras miradas se entrecruzan, se ruboriza; con su inhibición y su vacilación me va dejando entrever que no está cómodo, que no sabe qué hacer. Pasa así un largo rato y la impaciencia –la suya, la mía– aumenta. Entonces, ¿qué vamos a hacer si ni él sabe decir ni yo preguntar? Corre 1985.

Andrés tenía poco menos de dos años (1977) cuando lo encontraron vestido, acurrucado en la bañadera. La puerta del departamento, estallada; los estragos de la violencia militar por doquier y, desde entonces, la ausencia definitiva de los padres.

Una vecina lo recogió y luego lo cuidaron compañeros de militancia de los padres, familiares... vaya uno a saber quiénes, hasta que, pocos meses después su abuela lo recibió, cuando aún no había aprendido a hablar, en lo que llegó a ser un confortable exilio parisino. De allí regresó a los nueve años, en marzo del '85, y aquí nos encontramos. Vivía, entonces, solo con su "mamá" (su abuela) y su único síntoma: una otitis crónica con perforación del tímpano por lo que "hay que cuidarlo mucho y no dejarlo salir". En invierno "por el frío, sabe". En verano no puede ir a la pileta por aquello de meter la cabeza en el agua...

Extraña París, claro, y se conmueve –y me conmueve– cuando habla del perrito francés que no pudo traer.

–Si perdí a mi perrito, entonces, es que siempre voy a perder las cosas que quiero.

En nuestro segundo encuentro vacila, pero... finalmente se decide.

–Te voy a hacer un dibujo, dice.

Y es un hombre con la camiseta del seleccionado argentino en medio de un camino absolutamente desolado. –En París tengo un amigo; Federico se llama. Federico también es exiliado, pero él se quedó allí. El perrito está con Federico.

El "exiliado" resonó con la intensidad de un escalofrío, con la lucidez de un relámpago que enceguece. El "exiliado" funcionó aquí de clave y contraseña. Entonces, me dispara un:

–Vos también estuviste exiliado, ¿no?

Y ahora el turbado soy yo, que no sé cómo hablar ni cómo callar. Pienso que llevo más de veinte años de oficio. Podría haber aprendido a ser más eficaz, me digo. Siento la misma precariedad de un novato; o peor. Y para colmo, allí está él que me asedia con su mirada cándida y su palabra.

Sé que ahora lo escribo como antes respondí en silencio. No obstante, y para mi asombro, "exiliado" funcionaba. Funcionó como clave articulante entre el perrito y Federico ausentes, y yo, un desconocido presente, a encontrar. Sólo que ese encuentro no estaba fundado en la competencia de mi práctica psicoanalítica –testimonio de un saber– sino que partía de un equívoco de creencias: Andrés pensaba que podía confiar en mí, que yo podía entenderlo, más que como psicoanalista, como exiliado. Y yo pensaba que no era mi saber competente sino la incomodidad de mi silencio la que había habilitado el lugar para que sus dibujos y sus palabras comenzaran a fluir. Y lo cierto es que fluyeron. Llegaron las sesiones, los juegos, los dibujos, las asociaciones y los sueños.

Si contenido hubo en las sesiones, eso que solemos llamar "material" porque lo produce el paciente; si intervenciones hubo, eso que solemos llamar "interpretaciones" porque las dice un analista –y con la salvedad de la traición que existe siempre entre la sesión y su reconstrucción–, éstos versaron sobre cómo la pérdida y el dolor dejan aflorar los sentimientos de vergüenza; y la vergüenza es una dificultad muy grande. La vergüenza es difícil de decir y es difícil de callar. Pues bien, con esa vergüenza, con esa dificultad, estábamos.

> *"Andrés tenía poco menos de dos años (1977) cuando lo encontraron vestido, acurrucado en la bañadera. La puerta del departamento, estallada; los estragos de la violencia militar por doquier y, desde entonces, la ausencia definitiva de los padres".*

A partir de aquí, Andrés se volvió animoso como la democracia del '85 y empezó a coleccionar calcomanías. Le parecieron lógicas –ya que su padre "desaparecido" se llamaba Ricardo– aquéllas con la banderita argentina como fondo de "R.A."

Con ellas intenta ocupar (opacar) el vidrio de su ventana hasta que la habitación queda prácticamente a oscuras.

Junta, colecciona, acumula calcomanías y se lamenta por no conseguir "las de antes", las que se habían perdido.

Puedo reconstruir, ahora, algo de lo que entonces le dije sobre su infancia perdida, como un tiempo lejano, inapropiable, opaco. Algo sobre el dolor resultante de esa opacidad y de sus esfuerzos por recuperar, guardar, atesorar, coleccionar al fin, aquello donde él se reconoce: aquello que lo representa y refleja.

–Sí, pero se me pierden, rezonga. Nunca las encuentro. Si no las pego en el vidrio, se me pierden. Yo nunca encuentro lo que guardo. No sé dónde las pongo. Mi mamá dice que algún día voy a perder la cabeza.

Y es entonces –a través de estas pistas en su opacidad transparentes– a partir de estos indicios, tan sabios como ingenuos, que se inaugura el análisis y se hace espacio para que la palabra alusiva, en la que asoma y se esboza la trampa del texto inconsciente, ocupe el lugar del decir indeterminado de los síntomas.

Si la presencia del síntoma es la pérdida y el olvido: ¿qué silencio le hace estallar el oído? ¿Qué no-recordado se repite como supuración por ese agujero en el tímpano, pues al escurrirse intenta encontrar una salida, que es fallida, al no estar ligada a la verdad que la causa? Pues si la cura esperada es que el agujero se cierre para posibilitar la salida (impedida en invierno "por el frío, sabe", y en el verano por el peligro de meter la cabeza en el agua) damos con la paradoja de que el agujero no lo deja salir. Y se hace coherente, entonces, la culminación del proceso: cuando toda la ventana queda cubierta a fuerza de calcomanías "R.A.", cesa la supuración y cicatriza la llaga.

Por primera vez en muchos años, Andrés está cerrado; su oído, sano. Y, mientras dibuja aviones de despegue vertical y globos aerostáticos comenta, como telón de fondo, el juicio a los militares que hicieron desaparecer a sus padres y que se escurren por el agujero, rajadura, de una ley fallida. Cuando, en Semana Santa, Raúl Alfonsín lo convoca para ser testigo de su desmoronamiento, Andrés, defraudado, dolido, al regresar de Plaza de Mayo despega las calcomanías y el vidrio de su ventana se hace transparencia y vacío.

Con el presidente que se le cae, caen las calcomanías y aparecen los miedos.

Tiene miedo a la ventana abierta y al balcón. Cierra todo: postigos y cortinas. Es invierno y no importa, pero cuando llega diciembre y hace calor, Andrés prefiere soportarlo antes que abrir la ventana. Está doblemente aterrado: por la ventana abierta y por la irracionalidad de "eso" que le pasa. Y algo más. El viento: el rugido del viento. Ese silbido que lo asusta y lo angustia y que en un piso alto es inevitable.

Llega marzo-abril: primer aniversario de la Semana Santa Trágica y el presidente –"lamentable", me dice– habla por televisión. Cuando le digo que, seguramente, le duele haber visto a Alfonsín haciendo el ridículo, "cayéndose", y qué él quisiera poder valorarlo más y también hacerse valer, volar y tener valor para salir al balcón sin temores, me anuncia un chiste:

–¿A que no sabés en qué se parecen Olmedo, Monzón y Alfonsín? Pues en que cada vez que salen al balcón, hacen cagadas.

Y es entonces cuando Andrés abre sin miedo la ventana y sale triunfante al balcón como quien inaugura el espacio o debuta en el viento.

Hasta aquí, tres años han pasado desde nuestro primer encuentro. Años en que, tal vez, más que pensar los contenidos importa rescatar que hubo encuentro, que hubo un lugar donde Andrés pudo decirse y yo, escucharlo. Un lugar donde pudo decirse la historia.

Que sus padres desaparecidos, sin enterrar, retomarán mil veces y, como rugido silbante, intentarán entrar por la ventana abierta, me parece una evidencia tan obvia que no vale la pena anticiparla.

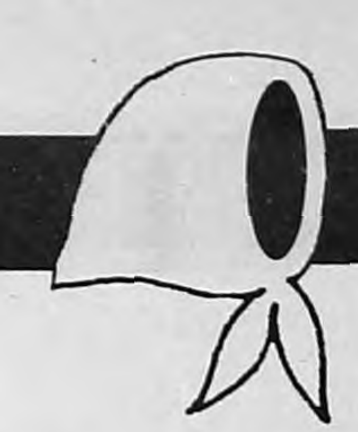


Que el miedo de Andrés a la ventana abierta es el anhelo de saltar por la ventana me parece una evidencia que, aun así, llamará a la polémica.

Pero afirmar que la angustia por el desmoronamiento de Raúl Alfonsín es un síntoma de excelente salud, miedo al fracaso del padre, temor a la caída que impida el propio fracaso y la propia caída es, tal vez, menos evidente y más audaz.

Es entonces, cuando iniciarse en los afanes por fortalecer la posición del padre, hacer valer al padre aunque sea a costa de tenerle miedo al espacio vacío, ventana afuera, se le impone como camino posible de la cura. Porque la ventana cerrada protege de la violencia exterior que derribara la puerta años atrás, y también del viento rumoroso. Pero el miedo al viento como objeto no es el miedo al viento como objeto sino que es, mucho más, miedo a ser objeto del viento. Es el temor a estar eternamente condenado a elegir entre un dilema de hierro: o traicionar la causa de sus padres para poder salvarse, o tener que inmolarse como ellos –y por ellos– para saldar su falla. Destino de sobreviviente después de la masacre, ir para donde lo lleve el viento engañado en su ilusión de volar, o caer ante la ausencia de una referencia paterna que le impida "zafar" del vendaval.

Entonces se ilumina. Tiene que hacer un dibujo conmemorativo del Primero de Mayo y sabe, claro está, de los mártires de Chicago. Pero, no. Elige una escena porteña: un gran cartel en medio de la calle: "HOMBRES TRABAJANDO" y detrás, un policía blandiendo el "bastón de abollar ideologí-



“Cómo maldecir la exclusión”

“Cómo maldecir la exclusión”

JUAN CARLOS VOLNOVICH

El psicoanálisis de niños en el país de las MADRES

Psicoanalizar a un niño es una empresa fascinante, desconcertante y difícil: es, fundamentalmente, exponerse al desafío del sufrimiento y al dolor del síntoma. Síntoma en el que se lee la escritura de la historia ya que, según Freud, la psicología es –desde un principio y al mismo tiempo– individual y social. Y es así que ese espacio del síntoma, ese lugar del análisis de niños, se convierte en escenario de una historia social que impone su presencia y torna estéril cualquier intento por silenciarla. Aunque la complejidad, que es propia de nuestro quehacer de analistas, nos enseñe que no todo silencio es cómplice ni todo sufrimiento, constructivo. Nuestros niños son nuestra historia. Cada generación se apropia de la historia al advenir a ella y encarna los mitos de las que la preceden. Nuestros niños como historia nuestra son testigos-testimonio de un proyecto genocida, de una empresa de exterminio y, en cada síntoma, en el más banal de los síntomas del menos neurótico de nuestros niños, hablan el espanto y la tragedia que amenaza repetirse a cada paso. Nuestros niños y nosotros, en el más aséptico análisis individual, estamos marcados por los mismos horrores.

Para sostener esto último, les contaré de Andrés y de Tomás.

Andrés: la herida hecha viento

De Andrés tengo presente su mirada celeste, tierna, escrutando mi lugar y mi persona. Frente a mí está ese pibe rubio de 9 años, obediente, educadito. Está turbado. Cuando nuestras miradas se entrecruzan, se ruboriza; con su inhibición y su vacilación me va dejando entrever que no está cómodo, que no sabe qué hacer. Pasa así un largo rato y la impaciencia –la suya, la mía– aumenta. Entonces, ¿qué vamos a hacer si ni él sabe decir ni yo preguntar? Corre 1985.

Andrés tenía poco menos de dos años (1977) cuando lo encontraron vestido, acurrucado en la bañadera. La puerta del departamento, estallada; los estragos de la violencia militar por doquier y, desde entonces, la ausencia definitiva de los padres.

Una vecina lo recogió y luego lo cuidaron compañeros de militancia de los padres, familiares... vaya uno a saber quiénes, hasta que, pocos meses después su abuela lo recibió, cuando aún no había aprendido a hablar, en lo que llegó a ser un confortable exilio parisino. De allí regresó a los nueve años, en marzo del ‘85, y aquí nos encontramos. Vivía, entonces, solo con su “mamá” (su abuela) y su único síntoma: una otitis crónica con perforación del tímpano por lo que “hay que cuidarlo mucho y no dejarlo salir”. En invierno “por el frío, sabe”. En verano no puede ir a la pileta por aquello de meter la cabeza en el agua...

Extraña París, claro, y se conmueve –y me conmueve– cuando habla del perrito francés que no pudo traer.

–Si perdí a mi perrito, entonces, es que siempre voy a perder las cosas que quiero.

En nuestro segundo encuentro vacila, pero... finalmente se decide.

–Te voy a hacer un dibujo, dice.

Y es un hombre con la camiseta del seleccionado argentino en medio de un camino absolutamente desolado. –En París tengo un amigo; Federico se llama. Federico también es exiliado, pero él se quedó allí. El perrito está con Federico.

El “exiliado” resonó con la intensidad de un escalofrío, con la lucidez de un relámpago que enceguece. El “exiliado” funcionó aquí de clave y contraseña. Entonces, me dispara un:

–Vos también estuviste exiliado, ¿no?

Y ahora el turbado soy yo, que no sé cómo hablar ni cómo callar. Pienso que llevo más de veinte años de oficio. Podría haber aprendido a ser más eficaz, me digo. Siento la misma precariedad de un novato; o peor. Y para colmo, allí está él que me asedia con su mirada cándida y su palabra.

Sé que ahora lo escribo como antes respondí en silencio. No obstante, y para mi asombro, “exiliado” funcionaba. Funcionó como clave articulante entre el perrito y Federico ausentes, y yo, un desconocido presente, a encontrar. Sólo que ese encuentro no estaba fundado en la competencia de mi práctica psicoanalítica –testimonio de un saber– sino que partía de un equívoco de creencias: Andrés pensaba que podía confiar en mí, que yo podía entenderlo, más que como psicoanalista, como exiliado. Y yo pensaba que no era mi saber competente sino la incomodidad de mi silencio la que había habilitado el lugar para que sus dibujos y sus palabras comenzaran a fluir. Y lo cierto es que fluyeron. Llegaron las sesiones, los juegos, los dibujos, las asociaciones y los sueños.

Si contenido hubo en las sesiones, eso que solemos llamar “material” porque lo produce el paciente; si intervenciones hubo, eso que solemos llamar “interpretaciones” porque las dice un analista –y con la salvedad de la traición que existe siempre entre la sesión y su reconstrucción–, éstos versaron sobre cómo la pérdida y el dolor dejan aflorar los sentimientos de vergüenza; y la vergüenza es una dificultad muy grande. La vergüenza es difícil de decir y es difícil de callar. Pues bien, con esa vergüenza, con esa dificultad, estábamos.

> *“Andrés tenía poco menos de dos años (1977) cuando lo encontraron vestido, acurrucado en la bañadera. La puerta del departamento, estallada; los estragos de la violencia militar por doquier y, desde entonces, la ausencia definitiva de los padres”.*

A partir de aquí, Andrés se volvió animoso como la democracia del ‘85 y empezó a coleccionar calcomanías. Le parecieron lógicas –ya que su padre “desaparecido” se llamaba Ricardo– aquéllas con la banderita argentina como fondo de “R.A.”

Con ellas intenta ocupar (opacar) el vidrio de su ventana hasta que la habitación queda prácticamente a oscuras.

Junta, colecciona, acumula calcomanías y se lamenta por no conseguir “las de antes”, las que se habían perdido.

Puedo reconstruir, ahora, algo de lo que entonces le dije sobre su infancia perdida, como un tiempo lejano, inapropiable, opaco. Algo sobre el dolor resultante de esa opacidad y de sus esfuerzos por recuperar, guardar, atesorar, coleccionar al fin, aquello donde él se reconoce: aquello que lo representa y refleja.

–Sí, pero se me pierden, rezonga. Nunca las encuentro. Si no las pego en el vidrio, se me pierden. Yo nunca encuentro lo que guardo. No sé dónde las pongo. Mi mamá dice que algún día voy a perder la cabeza.

Y es entonces –a través de estas pistas en su opacidad transparentes– a partir de estos indicios, tan sabios como ingenuos, que se inaugura el análisis y se hace espacio para que la palabra alusiva, en la que asoma y se esboza la trampa del texto inconsciente, ocupe el lugar del decir indeterminado de los síntomas.

Si la presencia del síntoma es la pérdida y el olvido: ¿qué silencio le hace estallar el oído? ¿Qué no-recordado se repite como supuración por ese agujero en el tímpano, pues al escurrirse intenta encontrar una salida, que es fallida, al no estar ligada a la verdad que la causa? Pues si la cura esperada es que el agujero se cierre para posibilitar la salida (impedida en invierno “por el frío, sabe”, y en el verano por el peligro de meter la cabeza en el agua) damos con la paradoja de que el agujero no lo deja salir. Y se hace coherente, entonces, la culminación del proceso: cuando toda la ventana queda cubierta a fuerza de calcomanías “R.A.”, cesa la supuración y cicatriza la llaga.

Por primera vez en muchos años, Andrés está cerrado; su oído, sano. Y, mientras dibuja aviones de despegue vertical y globos aerostáticos comenta, como telón de fondo, el juicio a los militares que hicieron desaparecer a sus padres y que se escurren por el agujero, rajadura, de una ley fallida. Cuando, en Semana Santa, Raúl Alfonsín lo convoca para ser testigo de su desmoronamiento, Andrés, defraudado, dolido, al regresar de Plaza de Mayo despega las calcomanías y el vidrio de su ventana se hace transparencia y vacío.

Con el presidente que se le cae, caen las calcomanías y aparecen los miedos.

Tiene miedo a la ventana abierta y al balcón. Cierra todo: postigos y cortinas. Es invierno y no importa, pero cuando llega diciembre y hace calor, Andrés prefiere soportarlo antes que abrir la ventana. Está doblemente aterrado: por la ventana abierta y por la irracionalidad de “eso” que le pasa. Y algo más. El viento: el rugido del viento. Ese silbido que lo asusta y lo angustia y que en un piso alto es inevitable.

Llega marzo-abril: primer aniversario de la Semana Santa Trágica y el presidente –“lamentable”, me dice– habla por televisión. Cuando le digo que, seguramente, le duele haber visto a Alfonsín haciendo el ridículo, “cayéndose”, y que él quisiera poder valorarlo más y también hacerse valer, volar y tener valor para salir al balcón sin temores, me anuncia un chiste:

–¿A que no sabés en qué se parecen Olmedo, Monzón y Alfonsín? Pues en que cada vez que salen al balcón, hacen cagadas.

Y es entonces cuando Andrés abre sin miedo la ventana y sale triunfante al balcón como quien inaugura el espacio o debuta en el viento.

Hasta aquí, tres años han pasado desde nuestro primer encuentro. Años en que, tal vez, más que pensar los contenidos importa rescatar que hubo encuentro, que hubo un lugar donde Andrés pudo decirse y yo, escucharlo. Un lugar donde pudo decirse la historia.

Que sus padres desaparecidos, sin enterrar, retornarán mil veces y, como rugido silbante, intentarán entrar por la ventana abierta, me parece una evidencia tan obvia que no vale la pena anticiparla.

Que el miedo de Andrés a la ventana abierta es el anhelo de saltar por la ventana me parece una evidencia que, aun así, llamará a la polémica.

Pero afirmar que la angustia por el desmoronamiento de Raúl Alfonsín es un síntoma de excelente salud, miedo al fracaso del padre, temor a la caída que impida el propio fracaso y la propia caída es, tal vez, menos evidente y más audaz.

Es entonces, cuando iniciarse en los afanes por fortalecer la posición del padre, hacer valer al padre aunque sea a costa de tenerle miedo al espacio vacío, ventana afuera, se le impone como camino posible de la cura. Porque la ventana cerrada protege de la violencia exterior que derribara la puerta años atrás, y también del viento rumoroso. Pero el miedo al viento como objeto no es el miedo al viento como objeto sino que es, mucho más, miedo a ser objeto del viento. Es el temor a estar eternamente condenado a elegir entre un dilema de hierro: o traicionar la causa de sus padres para poder salvarse, o tener que inmolarse como ellos –y por ellos– para saldar su falla. Destino de sobreviviente después de la masacre, ir para donde lo lleve el viento engañado en su ilusión de volar, o caer ante la ausencia de una referencia paterna que le impida “zafar” del vendaval.

Entonces se ilumina. Tiene que hacer un dibujo conmemorativo del Primero de Mayo y sabe, claro está, de los mártires de Chicago. Pero, no. Elige una escena porteña: un gran cartel en medio de la calle: “HOMBRES TRABAJANDO” y detrás, un policía blandiendo el “bastón de abollar ideologías” sobre la cabeza de un “laburante”.

Se divierte haciéndolo en la sesión y le sale “copante”. No obstante, a la sesión siguiente, me cuenta que cambió de opinión y que no lo presentó. En su reemplazo hizo otro menos político.

–Vos sabés. No me conviene que el profesor de dibujo –que es medio “facho”– se ensañe conmigo. Ni es bueno que yo me regale así no más.

Pues bien: si propongo este fragmento clínico para estimular la reflexión, es porque en la presencia elemental del síntoma de Andrés, en la supuración de su oído, en la fobia a la ventana, en el miedo al viento, todo se anuda, la trama confluye y torna inútil la pretensión abarcativa de comprender psicoanalíticamente –o sólo psicoanalíticamente– el síntoma y su destino.

El tímpano y la ventana soportan la angustia que a su vez condensa una historia individual y social que en el proceso terapéutico me incluye y vuelve interminable su análisis.

Sería esquemático y simplista establecer una continuidad entre el fantasma y lo social. Todo se superpone. En la historia de Andrés las dos vertientes hacen coalescencia o telescopan las escenas. Y esta escena me incluye y me interpela.

Si propongo este fragmento, decía, es para buscar en su lectura, como quien lee un diccionario compacto y minúsculo (cuerpo infantil), el trazo elocuente de nuestra historia de hoy: historia de un país, de una familia, de un niño. Ese trazo histórico, ese latigazo encarnado, ese sujeto hecho síntoma es, claro está, núcleo de verdad histórica. Testimonio mortífero. Marca de violencia. Violencia que ocupa, prepotente, el lugar protector, habilitante, de la ley. Violencia que lo dejó huérfano, que lo arrojó al exilio y que retorna en el cuerpo agujereado y supurante; en el miedo a la ventana abierta por la que, acaso, pueda caer o se cuele el viento.

Pero, ¿qué violencia? ¿La del régimen que hizo desaparecer a sus padres, o la de sus padres que, al desafiar al régimen, lo abandonaron? ¿Actualización contingente, a los doce años, de sus fantasías parricidas, o sufrimiento por tenerlas vedadas? ¿Desajuste, esfuerzo de adaptación de un casi-francesito en migración, desexilio, que “vuelve” a una patria a la que, se sabe, uno nunca vuelve, siempre va, desde que ya es otra? Si continúo, con el “material” de mi paciente podría llenar páginas en querellas de escuelas psicoanalíticas donde se mezclarían, seguramente, teorías, creencias, posiciones éticas, ideologías.

Casi dieciséis años han pasado desde nuestro primer encuentro, aquél de las miradas anhelantes y turbadas. Dieciséis años en los que, tal vez, más que pensar los contenidos pertrechado en mi doctrina (episteme con el que pudiera articular cierto discurso explicativo), importa rescatar que hubo encuentro, que hubo un lugar donde Andrés pudo jugarse y decirse, y donde yo pude escucharlo.

Andrés terminó su análisis en 1989 y, desde entonces, nos hemos vuelto a ver ocasionalmente. Una de ellas cuando el decreto que indultó a los militares volvió a reactualizar el horror del desamparo. Otra, en circunstancias de su iniciación sexual. Una vez más, a raíz de conflictos con su grupo de militancia.

El saber de mi quehacer, con todo, me invita a reflexionar no tanto como necesidad teórica, sino para definir la naturaleza de lo que asumo como terapéutico y justificar la ética que sostiene mi posición. Justificación que, por supuesto, está muy lejos de la neutralidad que me empeño en preservar o defender.

Es, quién lo duda, mucho más tranquilizante aplicar una teoría más o menos establecida, que dejar operar la polisemia de un decir. Es, quién lo duda, mucho más tranquilizante ubicarse en el refugio anónimo que la función analítica habilita, que exponerme al grito de la docta que anunciará seguramente, contraidentificación introyectiva, captura de mi deseo y algunas cosas más.

Decir que Andrés interpela mi función, mi historia personal, la de mis hijos, es decir bien poco. Decir que Andrés y yo estuvimos juntos en este proceso terapéutico y que también nos unió la violencia y el exilio, que nos arrastró la turbulencia, el torbellino, la vorágine de la historia, es algo más, pero no todo. Con Andrés nos une o nos separa un mismo latigazo. Nos une o nos separa una misma fobia. Fobia nuestra a ir para donde vaya el viento. Culpa nuestra por la sobrevida. Intento mutuo de expiar sufriendo. Pero también, y por qué no decirlo, empecinado esfuerzo para no repetir.

Podría traer aquí *Tótem y tabú*, citar *Psicología de las masas* y *El malestar de la cultura*, hasta el *Moisés*, pero pienso que no es oportuno, ahora, glosar lo conocido ni ponerse en obediencia o en ruptura con los textos fundadores. Antes afirmaba que nuestros niños son nuestra historia; que cada generación se apropia de la historia al advenir a ella y encarna los mitos de las que la preceden. Nuestros niños son testigos-testimonios de un proyecto genocida; y en cada síntoma –en el más banal de los síntomas del menos neurótico de nuestros niños– hablan el espanto y la tragedia que amenaza repetirse a cada paso. Nuestros niños y nosotros, en el más aséptico análisis individual, estamos marcados por los mismos horrores, por el común destino de sobrevivientes.

Así, traer el horror al espacio analítico, al campo de lo hablable, no es operación inocente, aunque sea necesaria e ineludible. La empresa de exterminio excluye la palabra: no es lo mismo el horror que el relato del horror. Y el relato del horror corre el riesgo de tornar banal lo inaceptable o impulsarnos a dejarnos cautivar en la fascinación del espanto.

Analizar a un niño es, entonces, aceptar el compromiso de pensar la muerte también en términos de la tragedia edípica. Los psicoanalistas de niños sabemos eso: sabemos del retorno de lo reprimido. Sabemos que el horror no significado retorna, insiste y puede hacerlo como confesión traumática, repetitiva, o como proceso de elaboración simbólica en cada término, en cada eslabón de la cadena generacional. Los psicoanalistas de niños hace tiempo que resignamos la ilusión de llegar con nuestra práctica a un saber sobre el origen. Hace tiempo que vimos derrumbarse la esperanza de anticipar, partiendo de un niño, cómo será el adulto. La temporalidad, mal que nos pese, es barrera infranqueable en ambos sentidos. No obstante, nos alienta el anhelo de evitar con la aventura simbólica que la tragedia se reproduzca, que se repita el horror, que se renueve el espanto. No hay análisis de niños sin este desafío. No hay clínica psicoanalítica sin el enigma subjetivo y social que plantea el síntoma, ni hay cura sin ese tiempo para comprenderlo.

> *“En la primera sesión, Tomás entra en el consultorio como una tromba, grita, corre sin sentido definido, se sube a las sillas y a los muebles, abre cajones del escritorio, le tira de la ropa a la terapeuta, patea, repara en la caja de juegos y vuelca su contenido desparramándolo por todos lados”.*

Tomás, o cómo maldecir la exclusión

Insoportable. Lo menos que pudiera decirse de Tomás es que había logrado consenso: nadie lo aguantaba. Siete años de vida le habían bastado y sobrado para conseguir que la familia no lo quisiera, para que lo expulsaran de la guardería, del jardín y de la escuela (o, para ser más exactos, de las escuelas en las que habían intentado incorporarlo), para que las psicólogas se pusieran de acuerdo en interrumpirle los tratamientos y para que el sistema de salud –varios servicios de psicopatología de hospitales públicos y privados– compitieran entre sí desplegando todos los recursos conocidos para sacárselo de encima. Finalmente, lo había logrado. Estaba afuera de todo, pero en un afuera infernal. Así, sufrido, transitaba por ese espacio de nadie –es decir: de todos–, conseguido a costa de desafiar a las instituciones que, descolocadas, no sabían qué hacer con él. O sí: sabían excluirlo. Loco, furioso, torbellino de rabia, erupción de violencia, inquietud caótica, reacciones imprevisibles, no quedaba otra: había que medicarlo. Si desde fuera nada podía controlarlo, pues entonces, a intentar hacer algo para tranquilizarlo desde dentro. Esto es: ¡Al psiquiatra para que le recete algún “calmante”! Los psicofármacos, como todo el mundo sabe, son un recurso insustituible e ineludible para estos “casos”. Tomás iniciaría, así, el camino de la psiquiatrización que le auguraba un destino más integrado, con menos padecimiento para él y para los demás o, al menos, con más posibilidades de ser tolerado por la familia, la escuela o el hospital. Fue ahí, en ese momento –cuando el psiquiatra lo había indicado, cuando un cierto alivio había invadido a todos en base a la esperanza de que, todavía, algo se podía hacer– justamente ahí, cuando sucedió lo imprevisto. La mamá se opuso terminantemente, impidió que lo mediquen; el papá convalidó esa decisión, y eso significó, lisa y llanamente, volver a foja cero.

Volver a foja cero

Tomás nació llorando y no paraba de llorar. Se crió vomitando y casi sin dormir. Pero el horror se instaló con la deambulación. Tiraba todo, tocaba todo, rompía todo. En una ocasión, sale sorpresivamente de la casa y al cruzar la calle lo atropella un coche, felizmente casi sin daño físico. ¡Agil reacción del conductor! Mete los dedos en el enchufe; es suficiente que la madre se descuide un segundo para que abra la heladera y uno a uno tire todos los huevos al piso. “Para él no existen puertas ni ventanas.” En realidad, no se sabe bien si es que las ignora o es que no resiste la tentación de traspasarlas. De la guardería lo devuelven a la semana. Del jardín, a los quince días, porque muerde a los otros chicos y a la maestra le arranca un pedazo de brazo y literalmente se lo come. De hablar, ni hablar. “Entiende todo”, pero sólo sabe gritar.

El análisis de Tomás

Siete años tiene Tomás cuando, vuelto a foja cero por la negativa de la mamá a medicarlo, los padres consultan en la Unidad de Psicopatología y Salud Mental del Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez. Allí se decide abordar la cuestión con un dispositivo de corte netamente psicoanalítico que incluye entrevistas del grupo familiar y tratamiento individual para Tomás.

En la primera sesión, Tomás entra en el consultorio como una tromba, grita, corre sin sentido definido, se sube a las sillas y a los muebles, abre cajones del escritorio, le tira de la ropa a la terapeuta, patea, repara en la caja de juegos y vuelca su contenido desparramándolo por todos lados. Pisotea los juguetes, hasta que tiene bajo su zapato a un hipopótamo de material tan duro que no lo puede romper. Insiste en zapatear con saña y cuando, sorprendido, se da cuenta de que no ha podido destruirlo, acepta el desafío, recoge el hipopótamo y lo estrella contra la pared. Es el momento en que, con el hipopótamo en la mano, mira a la terapeuta y perplejo –casi candorosamente– dice: “¡No se rompe!”. Entonces, despavorido, huye del consultorio antes de que la analista pueda reaccionar.

Repite lo mismo en la sesión siguiente. Se escapa, corre escaleras abajo, se ▶

r la exclusión”

VOLNOVICH



as” sobre la cabeza de un “laburante”.

Se divierte haciéndolo en la sesión y le sale “copante”. No obstante, a la sesión siguiente, me cuenta que cambió de opinión y que no lo presentó. En su reemplazo hizo otro menos político.

–Vos sabés. No me conviene que el profesor de dibujo –que es medio “facho”– se ensañe conmigo. Ni es bueno que yo me regale así no más.

Pues bien: si propongo este fragmento clínico para estimular la reflexión, es porque en la presencia elemental del síntoma de Andrés, en la supuración de su oído, en la fobia a la ventana, en el miedo al viento, todo se anuda, la trama confluye y torna inútil la pretensión abarcativa de comprender psicoanalíticamente –o sólo psicoanalíticamente– el síntoma y su destino.

El tímpano y la ventana soportan la angustia que a su vez condensa una historia individual y social que en el proceso terapéutico me incluye y vuelve interminable su análisis.

Sería esquemático y simplista establecer una continuidad entre el fantasma y lo social. Todo se superpone. En la historia de Andrés las dos vertientes hacen coalescencia o telescopan las escenas. Y esta escena me incluye y me interpela.

Si propongo este fragmento, decía, es para buscar en su lectura, como quien lee un diccionario compacto y minúsculo (cuerpo infantil), el trazo elocuente de nuestra historia de hoy: historia de un país, de una familia, de un niño. Ese trazo histórico, ese latigazo encarnado, ese sujeto hecho síntoma es, claro está, núcleo de verdad histórica. Testimonio mortífero. Marca de violencia. Violencia que ocupa, prepotente, el lugar protector, habilitante, de la ley. Violencia que lo dejó huérfano, que lo arrojó al exilio y que retorna en el cuerpo agujereado y supurante; en el miedo a la ventana abierta por la que, acaso, pueda caer o se cuele el viento.

Pero, ¿qué violencia? ¿La del régimen que hizo desaparecer a sus padres, o la de sus padres que, al desafiar al régimen, lo abandonaron? ¿Actualización contingente, a los doce años, de sus fantasías parricidas, o sufrimiento por tenerlas vedadas? ¿Desajuste, esfuerzo de adaptación de un casi-francesito en migración, desexilio, que “vuelve” a una patria a la que, se sabe, uno nunca vuelve, siempre va, desde que ya es otra? Si continúo, con el “material” de mi paciente podría llenar páginas en querellas de escuelas psicoanalíticas donde se mezclarían, seguramente, teorías, creencias, posiciones éticas, ideologías.

Casi dieciséis años han pasado desde nuestro primer encuentro, aquél de las miradas anhelantes y turbadas. Dieciséis años en los que, tal vez, más que pensar los contenidos pertrechado en mi doctrina (episteme con el que pudiera articular cierto discurso explicativo), importa rescatar que hubo encuentro, que hubo un lugar donde Andrés pudo jugarse y decirse, y donde yo pude escucharlo.

Andrés terminó su análisis en 1989 y, desde entonces, nos hemos vuelto a ver ocasionalmente. Una de ellas cuando el decreto que indultó a los militares volvió a reactualizar el horror del desamparo. Otra, en circunstancias de su iniciación sexual. Una vez más, a raíz de conflictos con su grupo de militancia.

El saber de mi quehacer, con todo, me invita a reflexionar no tanto como necesidad teórica, sino para definir la naturaleza de lo que asumo como terapéutico y justificar la ética que sostiene mi posición. Justificación que, por supuesto, está muy lejos de la neutralidad que me empeño en preservar o defender.

Es, quién lo duda, mucho más tranquilizante aplicar una teoría más o menos establecida, que dejar operar la polisemia de un decir. Es, quién lo duda, mucho más tranquilizante ubicarse en el refugio anónimo que la función analítica habilita, que exponerme al grito de la docta que anunciará seguramente, contraidentificación introyectiva, captura de mi deseo y algunas cosas más.

Decir que Andrés interpela mi función, mi historia personal, la de mis hijos, es decir bien poco. Decir que Andrés y yo estuvimos juntos en este proceso terapéutico y que también nos unió la violencia y el exilio, que nos arrastró la turbulencia, el torbellino, la vorágine de la historia, es algo más, pero no todo. Con Andrés nos une o nos separa un mismo latigazo. Nos une o nos separa una misma fobia. Fobia nuestra a ir para donde vaya el viento. Culpa nuestra por la sobrevida. Intento mutuo de expiar sufriendo. Pero también, y por qué no decirlo, empecinado esfuerzo para no repetir.

Podría traer aquí *Tótem y tabú*, citar *Psicología de las masas* y *El malestar de la cultura*, hasta el *Moisés*, pero pienso que no es oportuno, ahora, glosar lo conocido ni ponerse en obediencia o en ruptura con los textos fundadores. Antes afirmaba que nuestros niños son nuestra historia; que cada generación se apropia de la historia al advenir a ella y encarna los mitos de las que la preceden. Nuestros niños son testigos-testimonios de un proyecto genocida; y en cada síntoma –en el más banal de los síntomas del menos neurótico de nuestros niños– hablan el espanto y la tragedia que amenaza repetirse a cada paso. Nuestros niños y nosotros, en el más aséptico análisis individual, estamos marcados por los mismos horrores, por el común destino de sobrevivientes.

Así, traer el horror al espacio analítico, al campo de lo hablable, no es operación inocente, aunque sea necesaria e ineludible. La empresa de exterminio excluye la palabra: no es lo mismo el horror que el relato del horror. Y el relato del horror corre el riesgo de tornar banal lo inaceptable o impulsarnos a dejarnos cautivar en la fascinación del espanto.

Analizar a un niño es, entonces, aceptar el compromiso de pensar la muerte también en términos de la tragedia edípica. Los psicoanalistas de niños sabemos eso: sabemos del retorno de lo reprimido. Sabemos que el horror no significado retorna, insiste y puede hacerlo como confesión traumática, repetitiva, o como proceso de elaboración simbólica en cada término, en cada eslabón de la cadena generacional. Los psicoanalistas de niños hace tiempo que resignamos la ilusión de llegar con nuestra práctica a un saber sobre el origen. Hace tiempo que vimos derrumbarse la esperanza de anticipar, partiendo de un niño, cómo será el adulto. La temporalidad, mal que nos pese, es barrera infranqueable en ambos sentidos. No obstante, nos alienta el anhelo de evitar con la aventura simbólica que la tragedia se reproduzca, que se repita el horror, que se renueve el espanto. No hay análisis de niños sin este desafío. No hay clínica psicoanalítica sin el enigma subjetivo y social que plantea el síntoma, ni hay cura sin ese tiempo para comprenderlo.

> *“En la primera sesión, Tomás entra en el consultorio como una tromba, grita, corre sin sentido definido, se sube a las sillas y a los muebles, abre cajones del escritorio, le tira de la ropa a la terapeuta, patea, repara en la caja de juegos y vuelca su contenido desparramándolo por todos lados”.*

Tomás, o cómo maldecir la exclusión

Insoportable. Lo menos que pudiera decirse de Tomás es que había logrado consenso: nadie lo aguantaba. Siete años de vida le habían bastado y sobrado para conseguir que la familia no lo quisiera, para que lo expulsaran de la guardería, del jardín y de la escuela (o, para ser más exactos, de las escuelas en las que habían intentado incorporarlo), para que las psicólogas se pusieran de acuerdo en interrumpirle los tratamientos y para que el sistema de salud –varios servicios de psicopatología de hospitales públicos y privados– compitieran entre sí desplegando todos los recursos conocidos para sacárselo de encima. Finalmente, lo había logrado. Estaba afuera de todo, pero en un afuera infernal. Así, sufrido, transitaba por ese espacio de nadie –es decir: de todos–, conseguido a costa de desafiar a las instituciones que, descolocadas, no sabían qué hacer con él. O sí: sabían excluirlo. Loco, furioso, torbellino de rabia, erupción de violencia, inquietud caótica, reacciones imprevisibles, no quedaba otra: había que medicarlo. Si desde fuera nada podía controlarlo, pues entonces, a intentar hacer algo para tranquilizarlo desde dentro. Esto es: ¡Al psiquiatra para que le recete algún “calmante”! Los psicofármacos, como todo el mundo sabe, son un recurso insustituible e ineludible para estos “casos”. Tomás iniciaría, así, el camino de la psiquiatrización que le auguraba un destino más integrado, con menos padecimiento para él y para los demás o, al menos, con más posibilidades de ser tolerado por la familia, la escuela o el hospital. Fue ahí, en ese momento –cuando el psiquiatra lo había indicado, cuando un cierto alivio había invadido a todos en base a la esperanza de que, todavía, algo se podía hacer– justamente ahí, cuando sucedió lo imprevisto. La mamá se opuso terminantemente, impidió que lo mediquen; el papá convalidó esa decisión, y eso significó, lisa y llanamente, volver a foja cero.

Volver a foja cero

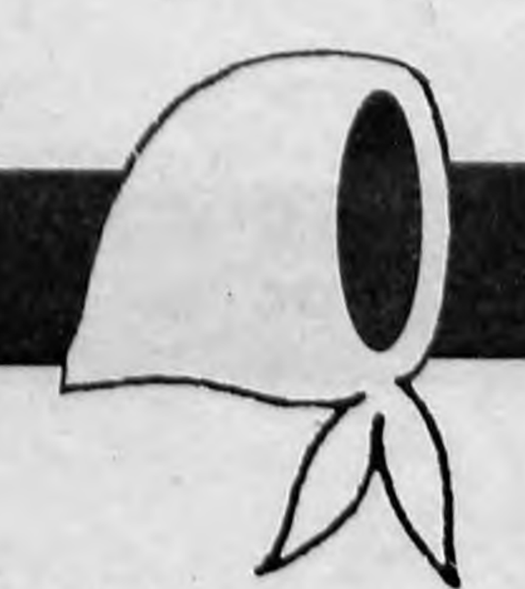
Tomás nació llorando y no paraba de llorar. Se crió vomitando y casi sin dormir. Pero el horror se instaló con la deambulación. Tiraba todo, tocaba todo, rompía todo. En una ocasión, sale sorpresivamente de la casa y al cruzar la calle lo atropella un coche, felizmente casi sin daño físico. ¡Agil reacción del conductor! Mete los dedos en el enchufe; es suficiente que la madre se descuide un segundo para que abra la heladera y uno a uno tire todos los huevos al piso. “Para él no existen puertas ni ventanas.” En realidad, no se sabe bien si es que las ignora o es que no resiste la tentación de traspasarlas. De la guardería lo devuelven a la semana. Del jardín, a los quince días, porque muerde a los otros chicos y a la maestra le arranca un pedazo de brazo y literalmente se lo come. De hablar, ni hablar. “Entiende todo”, pero sólo sabe gritar.

El análisis de Tomás

Siete años tiene Tomás cuando, vuelto a foja cero por la negativa de la mamá a medicarlo, los padres consultan en la Unidad de Psicopatología y Salud Mental del Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez. Allí se decide abordar la cuestión con un dispositivo de corte netamente psicoanalítico que incluye entrevistas del grupo familiar y tratamiento individual para Tomás.

En la primera sesión, Tomás entra en el consultorio como una tromba, grita, corre sin sentido definido, se sube a las sillas y a los muebles, abre cajones del escritorio, le tira de la ropa a la terapeuta, patea, repara en la caja de juegos y vuelca su contenido desparramándolo por todos lados. Pisotea los juguetes, hasta que tiene bajo su zapato a un hipopótamo de material tan duro que no lo puede romper. Insiste en zapatear con saña y cuando, sorprendido, se da cuenta de que no ha podido destruirlo, acepta el desafío, recoge el hipopótamo y lo estrella contra la pared. Es el momento en que, con el hipopótamo en la mano, mira a la terapeuta y perplejo –casi candorosamente– dice: “¡No se rompe!”. Entonces, despavorido, huye del consultorio antes de que la analista pueda reaccionar.

Repite lo mismo en la sesión siguiente. Se escapa, corre escaleras abajo, se



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

dirige a la calle donde, por pura casualidad, la mamá lo ataja en la puerta del hospital. "Lo emboqué justo", dice la mamá. A partir de allí la analista decide impedir que Tomás vuelva a repetir esa fuga: durante las sesiones instala su silla frente a la puerta. Con la salida clausurada, con la analista sentada en la puerta, Tomás empieza muy precariamente a organizar su juego. La desafía permanentemente al tiempo que reconoce el lugar que ella ocupa en relación con él. Entonces, resignado, garabatea en el papel. En una sesión posterior hace una casa. "Es la casa de María Castaña", dice y, acto seguido: "Me quiero ir de mi casa".

No obstante, a pesar de que viaja de buena gana al hospital, se resiste con violencia a entrar al consultorio. La mamá sólo puede "meterlo" a costa de forcejeos, empujones, arrastrarlo por el piso, darle tirones en el pelo. Cuando en la sesión con el grupo familiar surge la posibilidad de que recaiga en el padre la tarea de llevarlo al hospital, la cosa cambia. Tomás llega a las sesiones con el papá y desaparecen, abruptamente, los berrinches. Es ahí cuando Tomás inventa un juego. "¡Voy a jugar al fax!".

El fax

El juego consiste en dictar maldiciones, insultos, palabras soeces para que la terapeuta las escriba en una hoja que él después pasará por debajo de la puerta hacia la sala donde el papá espera. Ante algún descuido de la terapeuta o del papá, pasará también su "fax" por debajo de la puerta de otros consultorios del servicio. Emerge, así, una doble superficie transgredida, pero existente: superficie de la sesión hecha de tiempo y espacio que separa lo que está dentro de lo que está afuera; superficie de la hoja de papel que soporta el mamarracho sin espesura primero, el contorno después y, finalmente, la "mala palabra" escrita.

"La locura furiosa, los ataques de rabia, la erupción de violencia y la inquietud caótica de Tomás condensan una historia individual, familiar y social que apareció en el tratamiento y que torna interminable su análisis".

El juego del "fax" deja lugar al de "las balas venenosas".

Las balas venenosas

Ahora se trata de inventar una ficción en la que es atacado por su propia familia con balas venenosas. En esta construcción lúdica, la terapeuta es una vecina que tiene una función muy acotada: llamar a la ambulancia para que un médico le extraiga las balas venenosas, y a la policía para evitar a tiempo la agresión a la que está expuesto. Primero, los ataques con las balas venenosas los recibe en el seno del hogar. Sólo después "en la casa de al lado donde vivo solo". Nuevamente, superficies: las casas vecinas separadas por la medianera, la piel transgredida por las balas que irrumpen envenenadas en el interior del cuerpo como mandatos, deseos avasallantes de los padres. A eso se agrega la información que viene del grupo familiar: palizas, castigos corporales que se alternan con caricias excesivas prodigadas por la mamá con la mejor intención de apaciguarlo para que se duerma, cosa que hace... con el pulgar de la mamá en la boca.

Cortar cabezas

Si el juego de "las balas venenosas" vino a reemplazar al "fax", el de "cortar cabezas" ocupó el lugar de "las balas venenosas". Ahora son muñequitos de plastilina trabajosamente armados que pelean entre sí. El desenlace es previsible: el cuerpo a cuerpo acaba con los muñequitos degollados. Entonces, empieza la reconstrucción. La terapeuta deberá armarlos nuevamente, pegarle la cabeza al cuerpo para poder desplegar, una y otra vez, la lucha.

Evolución

Pasaron seis meses desde el inicio cuando las vacaciones interrumpen el análisis. Con el comienzo del nuevo ciclo, Tomás se incorpora a la escuela y, para bien o para mal, se adapta sin dificultad. Con más rapidez aún, aprende a leer y a escribir. La mejoría de Tomás es notable y trasciende su subordinación al decálogo de las buenas formas y de la "salud mental"; tiene que ver con el reconocimiento de que allí, en el hospital, hay algo que "no se rompe". El análisis se convirtió, de esta manera, en el espacio que permitió el despliegue de los aspectos más locos de Tomás y también en el lugar donde pudo empezar a construir una superficie capaz de contenerlos. Tomás, junto a la institución hospitalaria, a su familia y sus analistas, fueron armando un soporte para aquello insoportable que hacía síntoma en las expulsiones sistemáticas. Así, la cura de Tomás progresa a partir de la posibilidad de sostener y ser sostenido en un espacio terapéutico que funciona como catalizador. Punto de partida que ha sido, también, punto de llegada o, si se quiere, inflexión, línea de fuga. El análisis acompañó en parte y ayudó a que Tomás transite el camino de la construcción de los símbolos que le darán un cuerpo y un "ser"; posibilidad de estar en el mundo de una manera menos sufriente, sintiéndose más deseado y más "deseoso". Pero, sobre todo, lo autorizó a autorizarse a jugar no la repetición sino la innovación. Por eso, cuando aclaro el "para bien o para mal, Tomás se adaptó a la escuela...", lo hago para recordar que no es función del análisis ni intención de la analista "adaptar" a nadie. Esa tarea se la dejamos a los que consideren que curar es normalizar.

El caso es que la mejoría de Tomás es muy notable sólo que, como ya es habitual, coincide con un desequilibrio familiar que se expresa en una profunda depresión de la mamá ("necesito que me mediquen"). Para colmo -como también es habitual- al papá lo echan del trabajo y la familia corre serios riesgos de ser desalojados de la vivienda que hasta ese entonces ocupaban.

Conclusiones

Nuevamente: si propongo este fragmento clínico es porque pienso que, en la condición de "insoportable" con la que Tomás nos desafió, todo se anuda, la trama confluye y torna inútil la pretensión abarcativa de comprender psicoanalíticamente –o sólo psicoanalíticamente– el síntoma y su destino. La locura furiosa, los ataques de rabia, la erupción de violencia y la inquietud caótica de Tomás condensan una historia individual, familiar y social que apareció en el tratamiento y que torna interminable su análisis.

Si propongo el fragmento clínico de este pibe asistido con recursos psicoanalíticos junto a su familia en el servicio de un hospital público, es para buscar en su lectura la clave de nuestros síntomas y de nuestra historia. Este "material clínico", esta locura encarnada en Tomás es, claro está, testimonio de la época. Marca de violencia. Exclusión, expulsión frente a la que sólo se puede reaccionar tornando activo aquello que se padece pasivamente: haciéndose echar a un afuera que no existe y que, por lo tanto, debe inventarse. Tomás actúa una amenaza de exclusión y una exclusión concreta que nos incluye a todos. Como en un juego de cajitas chinas, allí está el pibe excluido de una escuela atendida por una maestra excluida de una institución (Ministerio de Educación) excluida del presupuesto nacional. Allí está el pibe excluido de su terapia por una psicóloga excluida (o, ni siquiera incluida) por un servicio excluido de la estructura hospitalaria que, a su vez, está excluida del sistema de salud que está excluido del presupuesto nacional. Allí está el pibe excluido de una familia constituida por un padre excluido del mercado laboral y una madre nunca incluida que están a punto de ser desalojados, esto es, excluidos de la clase social a la que hasta ahora pertenecieron. Y así, siguiendo.

Entonces, ¿de qué violencia hablamos? ¿La de Tomás que lo convierte en un chico insoportable, o la violencia de un contexto expulsivo que no se soporta más? ¿Violencia con la que Tomás "consigue" que lo echen, o violencia de una escuela, de un sistema de salud, de una familia que abandona porque, a su vez, es abandonada por un Estado que se desresponzabiliza de sus funciones? ¿Violencia de un psicoanálisis que impone normas de salud y enfermedad –y, por lo tanto, criterios de curación preestablecidos vaya uno a saber por quién y desde qué lugar teórico, ideológico y político– o violencia de un saber que, aliado al desencanto posmoderno, junto con la renuncia a curar, renuncia a la posibilidad de que algo cambie y acepta con resignación que todo siga igual?

"¿Quién puede analizar a un niño soslayando el proyecto de exclusión social que nos toca vivir? Eludir este desafío es casi tan perverso como licuarlo bajo un manto tecnocrático. La historia no perdonaría tamaña cobardía".

Decir que las infinitas expulsiones que Tomás se supo conseguir cuestionan nuestra función como profesionales, mi historia personal y la de una multitud de analistas que, día a día, son víctimas de la marginación, que son echados, ignorados y excluidos de los hospitales, de los centros de salud, de las universidades y de los institutos de investigaciones, es decir algo, pero no todo. A Tomás nos une un mismo sufrimiento. Nos une, o nos separa, un mismo destino de excluidos, culpabilizados por resistir –con sordina o a los gritos– el abandono. A Tomás nos une un mismo sufrimiento, un mismo destino de excluidos y abandonados pero, también, la firme decisión de resistir, el empecinado esfuerzo por defender nuestro lugar en este mundo, una irreductible apuesta a la esperanza que el dispositivo psicoanalítico del hospital encarna.

Entonces, ¿cómo resuena, cómo ruge o silba la violencia de la exclusión en ese lugar analítico que nos convoca y nos incluye, atrapados, cautivos como estamos, en el mismo sistema de exclusiones, cualquiera sea nuestra ideología y nuestra salud mental?

Si la singularidad de Tomás reside en el funcionamiento deseante, la multiplicidad –"rizomática", apuntarían Deleuze y Guattari– permitiría entender su "síntoma" como agenciamiento donde lo que cuenta son los flujos en el campo social, las líneas de fuga que atraviesan el socius. Líneas de fuga que lo arrastran; velocidades, intensidades, clausuras que se alternan con suturas y lo esconden en el drapeado de su superficie, lo alojan y envuelven en sus pliegues, lo disimulan en sus elipsis barroca. En una sociedad donde todo excluye, las fugas de Tomás serían, entonces, más que una evidencia del desorden y una respuesta contestataria al orden instituido, fugas deseantes que lo desbordan, lo arrastran, exceden su identidad y su representación.

Podría decir que Tomás es el carretel de una mamá que tiene, como él mismo, fallado su fort-da. Con Ricardo Rodulfo, afirmar que en Tomás otra falla antecede a la del fort-da. Podría decir que el maltrato y la violencia simétrica e inscripta con signo contrario padecida por ambos padres a lo largo de su historia en nada es ajena a la violencia ejercida y sufrida por Tomás. Con Esther Bick y con Anzieu podría reflexionar acerca de la piel como función y la dialéctica continente-contenido tal cual la entiende Bion. De transicionales espacios winnicottianos, del niño síntoma y vocero del discurso familiar al estilo de Maud Mannoni, del diferente destino –yoico o superoyoico– de los significantes que los Lefort dilucidaron, de la construcción del símbolo y de la instalación de la Ley del Padre como la quieren Lacan y Doltó, de todo esto podría escribir y transcribir, también, lo que circuló en el ateneo clínico al que antes aludí. Podría traer aquí a Melanie Klein, a Sami-Alí con su cuerpo-espacio y hasta el pliegue de Deleuze, pero pienso que antes que subordinarme a una consigna que exige erudición, es mejor sostener el interrogante que el síntoma introduce. Hacer teoría escapa a mi intención, pero no puedo eludir puntualizar que, ante la historia de Tomás, ese momento donde la clínica se hace sufrimiento cotidiano no es fácil resolver el problema de la neutralidad terapéutica. Para un (y una) psicoanalista de niños, especialmente si trabaja en una institución hospitalaria, no es fácil dilucidar esta cuestión. ¿Quién puede analizar a un niño soslayando el proyecto de exclusión social que nos toca vivir? Eludir este desafío es casi tan perverso como licuarlo bajo un manto tecnocrático. La historia no perdonaría tamaña cobardía. Pero tampoco perdonaría la simplificación. Tal vez, para justificar este texto entre nosotros hoy en día, para poder escribir algo sobre análisis de niños sin pudor, me fue necesario, al menos, recuperar el orden de la realidad, orden de la desaparición, la humillación y el despojo, en que nuestra práctica se asienta. Práctica que, al desplegarla, suele borrar la distancia y el alejamiento en los que las formulaciones científicas, con su presunción de verdad, pretenden introducirnos para inscribirnos siempre en el campo del "otro", pero no en el de uno.

Al igual que el horror, traer la exclusión al espacio de la clínica, darle cabida, no es un riesgo que pueda asumirse sin consecuencias. La exclusión, excluye la palabra. De ahí que analizar a Tomás supone aceptar la responsabilidad de matar el silencio, integrar su pasado y construir un porvenir, misión que debería realizarse tan lejos de la identificación solidaria con su lugar de víctima, como de la posición neutral que glorifique la posición analítica del voyeur. Analizar a Tomás es, en última instancia, aceptar el compromiso de pensar la exclusión también en términos de las "patologías del borde": como función positiva del deseo en el campo social. Indicios de modos diferentes –ni deficientes, ni marginales– simplemente infinitos, de la producción de subjetividades.